

ELLY
Griffiths

El umbral
de la
mentira

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA | NOIR

Los escenarios de la novela



1 de junio
Festividad de Carna

LA CASA ESTÁ esperando. Lo sabe. Ayer, cuando sacrificué, eran negras las vísceras. Se ha convertido todo en noche. Fuera es primavera, pero dentro de la casa el frío lo cubre todo como un manto de desesperación.

Estamos malditos. Ya no es una casa, es una tumba. En el jardín no cantan los pájaros y ni siquiera el sol se atreve a entrar por las ventanas. Nadie sabe cómo revertir la maldición. Han desistido y mienten, como si esperasen la muerte, pero yo lo sé y la casa también.

Ahora solo nos salvará la sangre.

1

SOBRE LA COLINA, por las hierbas altas, corre un poco de brisa. De cerca parece un paisaje cualquiera, una extensión de brezo y pasto en la que solo despuntan como indicadores algunas piedras blancas, pero sobrevolando estas colinas tan normales se distinguen entre el verde y el marrón bancales circulares y rectángulos de tonos más oscuros, señales indudables de que se han ocupado muchas veces.

A Ruth Galloway, que sube a pie por la colina, y no muy deprisa, por cierto, no le hace falta ninguna vista aérea para saber que pisa un yacimiento arqueológico de una entidad considerable. Hace días que excavan las colinas varios compañeros de la universidad, que no solo han encontrado vestigios de una villa romana, sino de asentamientos anteriores, de las edades del Bronce y del Hierro.

Tenía pensado acercarse a verlo antes, pero estaba ocupada corrigiendo exámenes y preparando el final de curso. Es mayo. Se respira una brisa agradable, el polen flota en el ambiente y huele a lluvia. Hace un descanso y, mientras recupera la respiración, disfruta del aire libre una tarde de primavera. De momento, el año ha sido aburrido, aunque no sin gratificaciones imprevistas, y le encanta poder quedarse quieta, con el sol en la cara.

—¡Ruth!

Al girarse ve que se acerca un hombre. Lleva vaqueros y una camisa de trabajo sucia, y sube por la colina a grandes zancadas,

como si no le costara trabajo. Es un hombre alto y delgado, con rizos oscuros y canas en las sienes. Ruth lo reconoce —como él a ella, es obvio— de una conferencia que dio hace meses en su universidad: es el doctor Max Grey, de la Universidad de Sussex, arqueólogo y experto en la Britania romana.

—Me alegro de que hayas podido venir —dice.

Hasta parece que lo diga en serio, lo cual sería una excepción entre los arqueólogos, muy poco amigos, en su mayoría, de abrir su coto a otros expertos. Porque eso es Ruth, una reconocida experta en huesos, descomposición y muerte. Dirige el departamento de Arqueología Forense de la Universidad de Norfolk Norte.

—¿Ya habéis llegado a los cimientos? —pregunta mientras sigue a Max por la colina.

Arriba del todo hace más frío y en el cielo canta una alondra.

—Sí, creo que sí —responde él, señalando una zanja bien cortada, con una franja de piedra gris a media altura—. De hecho, me parece que podemos haber encontrado algo que te interesará.

Ruth no necesita más detalles.

—Huesos —dice.

EL INSPECTOR JEFE, Harry Nelson, levanta la voz. Pese a su fama de irascible en el trabajo —en contraste con lo calzonazos que es en casa, con su mujer e hijas—, por lo general no sube el tono; es más de órdenes secas, que suele impartir sobre la marcha, mientras pasa de un trabajo a otro. Es hombre de decisiones rápidas y de paciencia limitada. Le gusta hacer cosas: pillar a delincuentes, interrogar a sospechosos, conducir demasiado deprisa, comer en exceso... No le gustan las reuniones, discutir por discutir o recibir consejos, pero lo que menos le gusta de todo es quedarse en su despacho un día primaveral, intentando

convencer a su nuevo ordenador de que se comuniquen con él. Por eso levanta la voz.

—¡Leah! —brama.

Leah, su auxiliar administrativa, o secretaria, como le gusta llamarla a él, entra en la sala con cautela. Es una chica frágil, morena, de veinticinco años, muy admirada por los miembros más jóvenes del cuerpo, aunque Nelson la ve, sobre todo, como proveedora de café e intérprete de las nuevas tecnologías, cada día más nuevas, por lo que parece, y cada vez más caprichosas.

—Leah —se queja—, se me ha vuelto a quedar en blanco la pantalla.

—¿Lo ha apagado? —pregunta ella.

No sería la primera vez que Nelson hubiera desenchufado algo en un momento de frustración. Una vez hizo saltar los plomos en toda la primera planta.

—No. Bueno, un par de veces.

La muchacha se agacha por debajo de la mesa para examinar las conexiones.

—No veo nada raro —dice—. Pulse cualquier tecla.

—¿Cuál?

—Sorpréndame.

Nelson da un mamporro a la barra espaciadora. Como si hubiera sido un milagro, el ordenador vuelve a la vida.

«Buenas tardes, inspector jefe Nelson», dice, el muy engreído.

—Vete a la mierda —contesta él, acercando la mano al ratón. A Leah se le arquean las cejas.

—¿Cómo?

—No, tú no —responde Nelson—, la cosa esta. Si quiero conversación, ya avisaré.

—Supongo que está programado para dar los buenos días —dice Leah sin alterarse—. El mío me pone una canción.

—Por los clavos de Cristo...

—El superintendente Whitcliffe dice que tenemos que acostumbrarnos todos a los nuevos ordenadores. Hoy a las cuatro hay una clase.

—No puedo —anuncia el inspector sin levantar la vista—. Tengo una reunión cerca de Swaffham.

—¿No es donde han encontrado unos restos romanos? —pregunta Leah—. Lo vi en *Time Team*.

Está ordenando expedientes en las estanterías, de espaldas a Nelson, y no ve la cara de interés que ha puesto él de repente.

—¿Restos? ¿Arqueológicos?

—Sí —dice ella girándose—. Creen que pueden haber encontrado toda una ciudad romana.

Nelson inclina la cabeza hacia la pantalla del ordenador.

—O sea, que se ha llenado todo de arqueólogos, ¿no?

—Sí. Mi tío, que es el dueño del Phoenix, el pub del pueblo, dice que los trabajadores van a su local cada noche. Ha tenido que doblar el pedido de sidra.

—Típico —gruñe Nelson.

Ya se imagina a los arqueólogos bebiendo sidra, cuando los hombres de verdad, como es por todos conocido, beben cerveza amarga. Otra cosa son las arqueólogas.

—Igual doy un rodeo y al volver me paso por el yacimiento —dice.

—¿Le interesa la historia? —pregunta, incrédula, Leah.

—¿A mí? Sí, me fascina. Nunca me pierdo un episodio de *Sharpe**.

—Pues tendría que venir a los concursos que hacemos en el pub.

—Me pongo demasiado nervioso —responde con poca gracia mientras teclea su contraseña con un dedo: Nelson1. No es muy

* Serie británica que cuenta las aventuras de un soldado inglés en las guerras napoleónicas. (*N. del T.*)

amigo de la ambigüedad—. Oye, encanto, ¿me harías el favor de preparar un poco de café?

SWAFFHAM ES UN pintoresco pueblo con mercado histórico, de esos que el inspector cruza cada día en coche sin fijarse. Unos pocos kilómetros después estás en pleno campo: prados de hierba hasta la cintura, letreros que señalan en ambas direcciones a la vez, vacas que deambulan por la carretera tras un chico con quad y cara ausente... Nelson se pierde en cuestión de segundos y está a punto de rendirse cuando se le ocurre preguntar por el pub Phoenix al chico de la cara ausente. En Norfolk, cualquier duda se despeja preguntando por un pub. Resulta que está bastante cerca, así que da media vuelta por el barro, se adentra en una carretera de un solo carril que es poco más que un camino de tierra y llega a un edificio bajo, con techo de paja, delante de un montículo cubierto de hierba. Deja el coche en el aparcamiento y se le acelera el pulso —no de emoción, eso no quiere admitirlo— al reconocer el Renault rojo destartado que hay al otro lado de la carretera, al pie de la colina. «Bueno, es que hace tiempo que no la veo. Así nos ponemos al día», se dice.

No tiene ni idea de dónde queda el yacimiento ni de cómo es, pero se imagina que desde lo alto de la cuesta se verá algo más. Hace una tarde muy bonita, de sombras largas en la hierba y aire suave. Nelson, sin embargo, no se fija en el paisaje. Está pensando en una costa desolada, en cadáveres arrastrados al mar por una marea infatigable y en las circunstancias en las que conoció a Ruth Galloway. Fue la arqueóloga forense a quien recurrieron tras el descubrimiento de unos huesos en las solitarias marismas de la costa norte de Norfolk. Los huesos resultaron tener más de dos mil años de antigüedad, pero luego Ruth se vio envuelta en un caso mucho más reciente, el de una niña de cinco años a la que habían secuestrado y que todos daban por muerta.

Lleva tres meses sin ver a la arqueóloga, desde que dieron por concluida la investigación.

Desde la colina, lo único que ve son más colinas. Hay poco que llame la atención, salvo unas excavaciones a lo lejos y dos siluetas que siguen la curva de un terraplén: una mujer de pelo castaño y ropa holgada de color oscuro, y un hombre alto con vaqueros manchados de barro. De los que beben sidra, fijo.

—Ruth —dice en voz alta.

La ve sonreír. Tiene una sonrisa preciosa, cosa que él no le diría nunca, claro.

—¡Nelson!

Le parece que tiene buen aspecto en general, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas por el ejercicio. Peso no ha perdido, eso no; Nelson se da cuenta de que lo contrario habría sido una decepción.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella.

No se dan un beso ni la mano, pero ambos sonríen efusivamente.

—Tenía una reunión por aquí cerca y me he enterado de que habían encontrado un yacimiento.

—¿Qué pasa, que ahora ves *Time Team*?

—Es mi programa favorito.

Ruth sonríe con escepticismo y hace las presentaciones.

—Te presento al doctor Max Grey, de la Universidad de Sussex, que dirige las excavaciones. Max, este es el inspector jefe Nelson.

El hombre levanta la mirada, sorprendido. Hasta el propio Nelson se da cuenta de que la mención de su rango suena fuera de lugar en el atardecer dorado. «Delitos siempre hay, incluso aquí», le dice en silencio a Max Grey. Los universitarios nunca han sido muy amantes de la policía.

A pesar de todo, el doctor Grey consigue sonreír.

—¿Le interesa la arqueología, inspector Nelson?

—A veces —contesta este con cautela—. Hace poco, Ruth... la doctora Galloway y yo colaboramos en un caso.

—¿Lo de la marisma? —pregunta Max, con los ojos muy abiertos.

—Sí —responde escuetamente Ruth—. El inspector Nelson me llamó porque encontraron unos huesos en la marisma.

—Que resultaron ser de la Edad de Piedra, los muy jodidos —dice Nelson.

—De la del Hierro —le corrige automáticamente Ruth—. Por cierto, Nelson, hoy Max ha encontrado huesos humanos.

—¿De la Edad del Hierro? —pregunta Nelson.

—Creemos que romanos. Todo indica que los enterraron debajo de la pared de una casa. Ven a verlos.

Ruth los lleva hacia la excavación, situada más abajo. De cerca, Nelson ve que todo el terreno está sembrado de extraños montículos y lomas; algunos siguen una línea curva, otros se elevan aquí y allá como grandes toperas.

—¿Qué son todos esos bultos? —le pregunta a Max Grey.

—Pensamos que son muros. —A Max se le ilumina la cara de esa manera tan típica de los arqueólogos cuando se disponen a matarte de aburrimiento—. Sospechamos que aquí hubo un asentamiento. Estamos bastante cerca de la antigua calzada romana, pero en la superficie las únicas señales son líneas marrones en la hierba, líneas de corte y esas cosas.

Nelson contempla otra vez la suave curva del bancal. Podría aceptar que fuera un muro, pero el resto, a sus ojos, no pasa de ser hierba.

—¿Y dice que está debajo de un muro? El cadáver, quiero decir.

—Sí. Ha aparecido al abrir una zanja. Creemos que es el muro de una villa, bastante grande, por la pinta que tiene.

—Pues qué raro, encontrar huesos debajo de un muro —dice Nelson.

—Podría ser un sacrificio fundacional —observa Max.

—¿Qué es eso?

—Los celtas, y a veces los romanos, enterraban cadáveres debajo de los muros y las puertas como ofrendas a los dioses Jano y Término.

—¿Término?

—El dios de las fronteras.

—Siempre le rezo al ir a Heathrow. ¿Y el otro?

—Jano, dios de las puertas y las aberturas.

—¿O sea, que mataban a gente y enterraban los huesos debajo de las casas? Qué manera más rara de dar suerte.

—No sabemos si los mataban o ya estaban muertos —dice Max sin alterarse—. En todo caso, a menudo son cadáveres de niños.

—Madre mía.

Ya han llegado a la zanja, cubierta por una lona azul. Ruth la aparta y se arrodilla ante ella. Al ponerse en cuclillas a su lado, Nelson ve un agujero rectangular, muy pulcro, con los bordes en ángulo recto. A menudo, piensa que ojalá la policía científica fuera tan cuidadosa como los arqueólogos. La zanja tiene una profundidad aproximada de un metro. Ve muy nítido el corte de los diferentes estratos: primero, mantillo; luego, arcilla, y, por último, creta. Debajo de esta se distingue una franja de piedras grises, junto a la que se ha excavado un agujero más profundo. En el fondo llama la atención algo blanco.

—¿No los habéis sacado? —pregunta.

—No —contesta Ruth—. Tenemos que documentar y dibujar el enterramiento y el esqueleto sobre el plano para poder entender su contexto. Será muy importante observar su orientación. Que apuntara hacia el este, por ejemplo, podría ser un dato significativo.

—Los hermanos siempre nos decían que durmiésemos con los pies hacia el este —recuerda de pronto Nelson—, para poder ir caminando al cielo si nos moríamos durante la noche.

—Interesante pervivencia de una superstición —dice Ruth con frialdad. Nelson se acuerda de su nulo interés por la religión—. Las iglesias —continúa— casi siempre se construyen de este a oeste, no de norte a sur.

—Lo tendré en cuenta.

—Y, a veces —interviene Max—, los hombres están enterrados hacia el oeste y las mujeres hacia el este.

—Pues me parece sexista —dice Nelson, levantándose.

—Cosa que tú nunca eres —afirma Ruth.

—Nunca. Acabo de hacer un cursillo sobre la redefinición de los roles de género en la policía.

—¿Y qué tal?

—Una porquería. Me fui a la hora de comer y ya no he vuelto.

Ruth suelta una carcajada. Max, que había puesto cara de desaprobación, también sonríe al tiempo que mira alternativamente a una y a otro. Hasta entonces no se había dado cuenta, pero algo se traen entre manos.

—Íbamos a tomar algo al Phoenix —dice Ruth—. ¿Te apuntas?

—No puedo —contesta apenado—. Tengo que ir a no sé qué acto.

—¿Un acto?

—Una gala de apoyo al festival. La hacen en el castillo, en plan traje y corbata, y toda la pesca. Michelle quería ir.

—Para ver lo bien que se lo montan los de arriba, ¿no? —dice Ruth.

La respuesta de Nelson es un simple gruñido. No se le ocurre nada peor que pasear vestido de pingüino entre un montón de pretenciosos, pero le han insistido en que fuera; no solo su mujer, sino su jefe, Gerry Whitcliffe: «Es lo que le hace falta al cuerpo en términos de imagen», le ha dicho, cuidándose de mencionar que si la Policía Local no disfruta de publicidad positiva es por cómo llevó Nelson el caso de la marisma. ¡Imagen! Santo Dios...

—Lástima —dice alegre Max, haciendo ademán de tocarle el hombro a Ruth—. Otra vez será.

Nelson los mira mientras se alejan. Ya están llegando los primeros clientes al patio del Phoenix. Oye risas y ruido de vasos, y espera, sin poder remediarlo, que al tío de Leah se le haya acabado la sidra.

2

RUTH CONDUCE DESPACIO hacia King's Lynn por la A47. Las ocho pasadas y no baja el tráfico. «¿Adónde va toda esta gente?», se pregunta, tamborileando de impaciencia en el volante mientras ve pasar camiones, coches, caravanas y minibuses. Las vacaciones aún no han empezado y es muy tarde para la salida del colegio, o incluso del trabajo. ¿Qué hace tanta gente yendo a Narborough, Marham y West Winch? ¿Por qué están todos atrapados en este círculo concreto del infierno? Ya lleva varios cruces sin poder adelantar a un BMW grande que luce con orgullo dos gorros de montar en la bandeja trasera. Empieza a odiar a la familia BMW, con su pegatina de Longleat, su matrícula personalizada, SH3LLY 40, y su equitación los fines de semana. Está segura de que en el fondo ni siquiera les gustan los caballos. Ruth, cuya infancia transcurrió en un barrio periférico de Londres, nunca ha montado, aunque siente una debilidad secreta por los libros sobre ponis. Está segura de que a Shelly le regalaron el coche al cumplir los cuarenta, junto con unas vacaciones en el Caribe y una sesión especial de bótox. A ella le faltan dos meses para cumplirlos.

Se lo ha pasado bien en el pub, aunque solo haya tomado un zumo de naranja. La conversación de Max, sobre tradiciones funerarias romanas, ha sido muy interesante. Ha dicho que tendemos a imaginarnos a los romanos como gente muy civilizada, escandalizada por las prácticas bárbaras de la Edad del Hierro,

pero que en la cultura romana hay muchos indicios de entierros por castigo, asesinatos rituales y hasta infanticidios. Hace diez años, por ejemplo, encontraron en St. Albans un cráneo de niño que demostraba que a su dueño lo habían matado a palos y después, decapitado. En Springfield, Kent, se han encontrado sacrificios fundacionales de parejas de bebés en las cuatro esquinas de un templo romano. Se pasa la mano por la barriga con un escalofrío.

Pese a que han hablado de muertes y de decapitaciones, la compañía de Max ha sido agradable. De niño vivió en Norfolk y se nota que guarda mucho cariño por la región. Ruth le ha hablado de su casa en la costa del norte, del viento que llega directo de Siberia y de cuando florece la lavanda marina en las marismas, pintándolas de morado. Max le ha dicho que le gustaría ir a verla un día de estos. Ruth le ha contestado que estaría bien, pero no han ahondado en el tema. A lo que se ha comprometido es a visitar el yacimiento la semana próxima. Max está a punto de llevar a todo un equipo desde Sussex. Acamparán al aire libre y excavarán desde principios de mayo hasta finales de junio. Ruth tiene un ataque de nostalgia por las campañas veraniegas, con su camaradería, sus hogueras aliñadas con canciones y porros, y sus días de acabar deslomada. Lo que no echa de menos es la falta de váteres y duchas, como está mandado. Para eso ya no tiene edad.

Por suerte SH3LLY 40 ha salido de la carretera hacia la izquierda y Ruth ve anunciados Snettisham y Hunstanton. Casi ha llegado a casa. En Radio 4 habla alguien sobre el duelo: «Todo tiene su momento». A Ruth le encanta Radio 4, pero con la debida medida. Se pasa al casete (su coche es demasiado viejo para llevar cedé) y empiezan a sonar los desgarrados lamentos de Bruce Springsteen: América en estado puro. Es uno de sus cantantes favoritos. Carreteras infinitas, amores condenados, amigos que se llaman Bobby Joe y que pasan por una mala racha...

Ni todas las burlas del mundo la harían renunciar a él. Sube el volumen.

Ahora circula bajo un dosel de árboles, entre frondosas matas de perifollo silvestre, pero sabe que pronto, como por arte de magia, desaparecerán los árboles y se dibujará delante el mar. Nunca se cansa de ese momento en que de pronto el horizonte se prolonga hasta el infinito, pasando del azul al blanco y del blanco al dorado. Acelera y, al llegar al aparcamiento de caravanas que marca el principio del camino a su casa, frena y baja del coche para abandonar su pelo a la brisa marina.

Frente a ella se extienden las dunas, esculpidas por el viento en las formas más inverosímiles. Hay marea baja. A duras penas se ve el mar, como una línea azul contra la arena gris. En lo alto graznan las gaviotas y pasa, en silencio, trémula, la vela roja de un surfista.

De repente, sin previo aviso, siente unas arcadas tremendas que la hacen vomitar.

EL CASTILLO DE Norwich, una succulenta tarta medieval con glaseado victoriano, es ahora un museo. Nelson ya ha estado varias veces, con sus hijas. Recuerda que antes les gustaban mucho los castillos y que Laura tenía debilidad por la colección de teteras, pero hace años que no lo visita, y, al subir por las curvas del camino, iluminado con focos y adornado con pendones heráldicos, se teme lo peor. Sus miedos se ven confirmados por las posaderas que acuden a su encuentro. En la invitación no ponía nada de disfraces, pero no cabe duda de que esas chicas son posaderas, con vestidos escotados de vago carácter medieval y tocas con volantes. Llevan bandejas de champán. Nelson elige la copa más llena, detalle que no le pasa inadvertido a Michelle.

—Ya sabía yo que te decantarías por la más grande —dice mientras acepta un vaso de zumo de naranja.

—Sin alcohol no aguantaré esta velada —contesta el inspector, acercándose con ella a la gran doble puerta de madera—. No me habías dicho que fuera una fiesta de disfraces.

—No lo es.

Su mujer se ha puesto un minivestido plateado que de medieval no tiene nada. De hecho, a él le parece que no le iría mal un poco más de materialidad, una cola o un miriñaque o lo que llevaran las mujeres de la época, aunque tiene que reconocer que no le queda mal.

Se adentran en una antesala circular, en la que los reciben con más champán, un laudista y, lo que es aún más inquietante, un bufón. Nelson retrocede un paso.

—Sigue —le dice Michelle, empujándolo por la espalda.

—¡Hay un hombre con mallas!

—¿Y qué? ¡No va a matarte!

Nelson entra en la sala con recelo, sin apartar la vista del bufón, pero se le ha pasado por alto un peligro más que se acerca por el otro lado.

—¡Ah, Harry! ¡Y la bellísima señora Nelson!

Es Whitcliffe, hecho un pincel, con chaqueta de esmoquin y camisa de cuello abierto. Seguro que se cree que está de moda. También se ha puesto una bufanda blanca. Hay que ser gilipollas.

—Hola, Gerry.

Le besa la mano a Michelle. El bufón se acerca, sacudiendo, esperanzado, sus cascabeles.

—No me había dicho que habría gente con ropa rara —dice Nelson con más acento del norte que nunca, como suele pasarle en los momentos de tensión.

—La temática es medieval —dice sin inmutarse Whitcliffe—. A Edward se le dan tan bien estas cosas...

—¿Edward?

—Edward Spens. ¿Se acuerda de que le dije que esta velada la patrocinaba Spens and Co.?

—Ah, sí, la constructora.

—Contratista —dice una voz a sus espaldas.

Al girarse, Nelson ve a un hombre guapo, de su misma edad, con un esmoquin intachable. Nada de bufandas blancas ni de camisas con el cuello abierto; solo una camisa blanca y una corbata negra de lo más convencionales, que resaltan su tez morena y su abundante pelo oscuro. Le cae mal a la primera.

—¡Edward! —Se nota que Whitcliffe no es del mismo parecer—. Os presento a Edward Spens, nuestro anfitrión. Edward, te presento al inspector jefe Harry Nelson y a su encantadora esposa, Michelle.

Edward Spens mira admirado a esta última.

—No sabía que los policías tuviesen mujeres tan guapas, Gerry.

—Es una de las ventajas de nuestro trabajo —dice Nelson con frialdad.

Whitcliffe, que es soltero, fuente de abundantes especulaciones, no hace ningún comentario. Michelle, acostumbrada a la admiración masculina, luce una sonrisa amplia pero algo distante.

—Oiga, Nelson —dice Spens—, ¿no fue usted el poli que llevó lo de la marisma?

—Sí.

Al inspector no le gusta nada hablar de su trabajo, pero aún le gusta menos que lo llamen «poli».

—Qué horror...

Spens se ha puesto serio.

—Sí.

—En fin, menos mal que lo resolvió.

Le da una palmada muy cordial en la espalda. «Yo y Ruth Galloway», piensa Nelson. «Lo que pasa es que ella siempre ha querido que se publicite lo menos posible su participación.»

—Por suerte, estos casos no se dan muy a menudo —dice.

—¡Brindo por eso!

Spens le pone en la mano otra copa de champán.

COMO NADIE LA ha visto vomitar, Ruth se limita a taparlo con un poco de tierra con el pie y volver al coche. Bruce Springsteen está diciéndole a Wendy, nombre de lo más improbable, que han nacido para correr. Ruth sale marcha atrás del aparcamiento para caravanas y pone rumbo a su casa.

Es una de las tres que hay al borde de la marisma. De las otras dos, una está vacía y la otra es de una familia que solo viene los fines de semana, y cada vez menos, porque los hijos ya son mayores. A Ruth no le molesta el aislamiento; de hecho, al bajar del coche e impregnarse de la vastedad de las marismas, de las lejanas dunas y del murmullo distante del mar, la idea de no compartir esta vista con nadie acentúa su felicidad. Sonríe al abrir la puerta de la casa.

Su gato pelirrojo, Sílex, la espera. Se le acerca quejándose con fuertes maullidos. Tiene comida en su cuenco, pero salta a la vista que no hay esperanzas de que se la coma. Se pega ronroneando a las piernas de Ruth hasta que recibe un cuenco fresco, cuyo olor le provoca náuseas a su dueña. Luego lo olisquea, quisquilloso, y se va por la gatera.

Se sienta delante de la mesa, junto a la ventana, para escuchar los mensajes del contestador. Hay uno de su madre, que le pregunta si sigue en pie lo de que vaya a verlos el próximo fin de semana. Siempre espera un cambio de planes a última hora, a pesar de que Ruth es puntual y cumplidora como pocas. El segundo mensaje es de su amiga Shona, que se explaya sobre su novio casado, Phil. El tercero es de Max Grey. Interesante.

«Hola, Ruth. Solo quería decirte que lo he pasado muy bien hablando contigo. He estado dándole vueltas a lo de nuestro cadáver: si está decapitado, podría ser indicio de un culto a las

cabezas. ¿Has oído lo de las excavaciones de las Lankhills, en Winchester? Encontraron siete cadáveres decapitados en un cementerio romano, uno de ellos de un niño. ¿Tú crees que lo nuestro podría ir por ahí? Bueno, ya hablaremos.»

Ruth piensa en lo raro que hablan a veces los arqueólogos. «Nuestro cadáver.» Los huesos encontrados bajo los cimientos romanos se han convertido en «nuestro cadáver», un vínculo extraño, surrealista, entre ellos. A ambos les despiertan un sentimiento de posesión, por no decir de simpatía. Pero ¿es motivo suficiente para que Max le haya dejado ese mensaje? ¿Seguro que solo quería pasar el rato hablando de cadáveres decapitados? ¿No será que tenía ganas de volver a hablar con ella y punto?

Suspira. Demasiado complicado para ella; además, tiene otras cosas en las que pensar. Por la mañana tendrá que ir a Londres en coche y decirle a su madre que está embarazada.

—PUES ESO, QUE estamos simultaneando tres promociones de primera en pleno centro de Norwich: la antigua tenería, el cine Odeón y la casa abandonada de la calle Woolmarket.

—¿La calle Woolmarket? —interviene Whitcliffe—. ¿Antes no era un hogar infantil?

—Sí, creo que sí —contesta Edward Spens, untándose de mantequilla el panecillo—. ¿Eres de aquí, de Norwich, Gerry?

Viendo asentir a Whitcliffe, Nelson se explica muchas cosas. Él nació en Blackpool y, de no haber sido por Michelle y las niñas, habría vuelto pitando. La idea de aceptar el puesto en Norfolk fue de ella, de Michelle, y, en el fondo, sigue resentido. A las niñas no les gusta Blackpool. La gente habla de manera rara y se cena a las cinco. Tampoco les agrada que haga tanto frío, aunque parece que las chicas de la zona llevan minifalda todo el año.

Ya están en la fase del «banquete»: cerdo asado disfrazado de lechón. Michelle casi no lo ha tocado. Prodigia su encanto con su vecino de mesa, un imbécil que atiende por Leo y que lleva una camisa rosa y unas gafas ridículas. La vecina de Nelson, una mujer de porte regio, vestida de raso azul, no le ha hecho el menor caso, condenándolo a oír como Edward Spens se da autobombo sin parar.

—Es una empresa familiar —está diciendo—. La levantó mi padre, Roderick Spens. Bueno, sir Roderick, para ser más exactos. Lo nombraron caballero por sus servicios al sector de la construcción. En principio está jubilado, pero todavía se presenta cada día en la oficina e intenta decirme cómo hay que gestionar el negocio. Lo de la promoción de Woolmarket, por ejemplo, le parece mal, pero el solar es de primera, en términos inmobiliarios.

Se ríe con ganas. El inspector se queda mirándolo con frialdad. ¿«En términos inmobiliarios»? Pero ¿por quién se toma?

—¡Harry!

Aunque parezca mentira, se da cuenta de que lo ha interpellado su mujer, tan reluciente y seductora, al otro lado de la mesa.

—Harry, Leo estaba hablándome del asentamiento romano que han empezado a excavar, el de cerca de Swaffham. Yo le he dicho que tenemos una amiga arqueóloga.

Para sorpresa de Nelson, todo hay que decirlo, Michelle y Ruth se cayeron bien desde el primer momento. A su esposa le gusta presumir de que tiene una amiga intelectual.

—No le importa nada su aspecto, en serio.

Estará encantada de saber que Ruth no ha perdido nada de peso.

—Sí —responde Nelson con cautela—, trabaja en la universidad.

—Yo estoy escribiendo una obra de teatro —dice Leo muy serio—. Va del dios romano Jano, el de las dos caras, el dios de

los principios y de los finales, de las puertas y las aberturas, del pasado y del futuro.

Jano. El nombre despierta ecos en el cerebro de Nelson, pero está costándole disipar la bruma del champán y el lechón. Ah, sí, claro: el amigo sabelotodo de Ruth, el de la Universidad de Sussex. «Jano, dios de las puertas y las aberturas.»

De repente, cae en la cuenta de algo más. Es como si rebobinase una película y, al verla por segunda vez, captase algo que se le hubiera pasado por alto. Ve acercarse a Ruth con una blusa suelta que se le ciñe al cuerpo por el viento. No es que no haya perdido peso, es que hasta puede haberlo ganado.

¿Estará embarazada? ¿Es posible? Porque, si lo está, él podría ser el padre.